

DE CÓMO EL CONDE DON LOPE ACABÓ DE EXPIAR POR MEDIO DEL BIEN  
SUS ANTIGUAS TRAICIONES.

I.

Se paseaba el infante don Pedro agitado, pálido, estreme-  
ciéndose de tiempo en tiempo, deteniéndose á veces y hablando  
consigo mismo de una manera incoherente, en una cámara ante-  
rior la á en que estaba el cadáver del rey sin que nadie le hu-  
biese tocado aún.

El infante don Pedro, cuando se volvía hácia la puerta de la  
cámara, miraba á ella con espanto.

Su cabeza ardia.

La muerte habia arrebatado la corona á su hermano.

¿Quién ceñiría aquella corona?

Habia un príncipe á quien llamaba la sucesion, pero aquel  
príncipe apenas tenia un año.

Los reinos de la corona de Castilla habian salido muy cansa-  
dos de la larga minoría del rey don Fernando el IV.

La reina su madre estaba doliente, enferma; ¿podria sostener

los derechos de su nieto con la misma energía, con la misma prudencia, con el mismo sabio consejo con que habia defendido á su hijo don Fernando, á su nieto don Alfonso?

Esto no era claro.

Las organizaciones mas privilegiadas se gastan, y el infante creia á la reina doña María abatida y débil.

Habia además dos poderosos pretendientes á la corona: el infante don Alfonso de la Cerda, protegido por el rey de Aragon, y el infante don Juan, que tenia de su parte al poderoso señor de Lara, y muchos amigos interesados entre los infanzones y los ricos hombres.

¿Qué hacer?

Estos pensamientos, y otros muchos que no indicamos, hacian un torbellino de la cabeza del infante don Pedro.

## II.

De repente se abrió la puerta de la cámara en que paseaba el infante, y uno de los camareros del rey difunto dijo en voz baja, como si hubiera temido turbar el sueño de muerte de su amo:

—Señor: un venerable monje benedictino, de larga barba blanca, solicita hablar á vuestra merced en nombre de Dios.

El infante quedó por un momento perplejo.

Luego dijo:

—Que éntre ese varon de Dios.

Poco despues entró el conde don Lope.

—¿Qué me quereis? le dijo con voz poco segura el infante, porque temió que aquel monje que en nombre de Dios le buscaba, leyese en su conciencia.

—Aquí no podemos ni debemos hablar, contestó con voz severa y enérgica el conde don Lope; seguidme.

Y se entró en la cámara donde estaba el cadáver del rey.

El infante dió algunos pasos, pero al llegar cerca de la puerta se detuvo.

—¡Pasad! ¡entrad! dijo el conde don Lope con una voz tan imperativa, tan dominadora, que el infante, aunque estremecido, entró.

Una sola lámpara de hierro puesta sobre una mesa, habia en la estensa cámara; insuficiente para alumbrarla, la dejaba envuelta en una sombría penumbra.

Aquello era lúgubre.

En un ángulo estaba el gran lecho del rey.

Por entre las colgaduras arrolladas se veia el cadáver de Fernando IV, contraído, crispadas las manos, erizados los cabellos.

En sus ojos, que nadie habia cerrado, aparecia una espresion de supremo espanto, en una mirada que aún no habia acabado de empañar la muerte, fija en un oscuro ángulo de la cámara.

El conde don Lope tomó de sobre la mesa la lámpara, se acercó al lecho é iluminó el semblante del rey, que estaba espantoso.

—Cerrad los ojos á vuestro hermano, infante, dijo el conde, puesto que vos sois su pariente mas inmediato aquí presente.

Y señalaba con el muñon de su brazo derecho mutilado el semblante del rey.

El infante don Pedro estaba cubierto de sudor frio, y miraba con un terror infinito y á un mismo tiempo el semblante del rey muerto y el brazo mutilado del monje.

—Cerrad los ojos á vuestro hermano, repitió don Lope.

El infante, dominado por un vértigo, adelantó con la mano trémula y cerró los ojos de Fernando IV; luego, pudiendo mas la sangre que la ambicion, se inclinó sobre el cadáver, le besó en la frente, y exclamó:

—¡Pobre hermano mio!

—Asid, asid la mano diestra del rey, exclamó don Lope, aprovechando aquel momento de conmocion.

El infante, dominado, asió la mano derecha del cadáver.

—¿Jurais, dijo el conde, ante Dios, á vuestro hermano muerto, guardar y defender los derechos de su hijo, vuestro sobrino el rey don Alfonso el Onceno?

—Lo juro, contestó con voz firme el infante, acabado de dominar en un momento de reaccion de su conciencia.

—¿Os emplazais á vos mismo por ante Dios, infante don Pedro, para que os mate de mala muerte, como ha matado á vuestro hermano, sin confesion y sin penitencia, por el emplazamiento de los inocentes Carvajales?

—Por ante Dios me emplazo, contestó el infante, como si me emplazara mi hermano, para que Dios me mate de mala muerte, sin confesion, si falto alguna vez á la lealtad que juro á mi sobrino el señor rey don Alfonso el Onceno.

Y cayó de rodillas, manteniendo asida en su mano calenturienta la helada mano del rey.

—Alzad, infante, alzad, dijo don Lope.

El infante se alzó.

—Mirad, continuó don Lope alumbrando de cerca el semblante del cadáver: ¿no os parece que vuestro hermano reposa mas tranquilo?

En efecto, la tirantez muscular, horrible, del semblante del cadáver, la amarguísima contraccion de su boca, se habian dulcificado.

Parecia como que dormia, impresionado por un ensueño de dolor.

—Escuchadme en confesion, padre mio, dijo el infante.

—Ya habeis hecho cuanta confesion teniais que hacer ante vuestro hermano y ante Dios: pensad, antes que en nada, en cumplir el solemne juramento que habeis prestado á vuestro hermano, y empezad á cumplirle proclamando á vuestro sobrino. Que las trompas de guerra llamen á la hueste por toda la ciudad: que acuda el pueblo: no perdamos un momento; venid.

Y arrastró fuera de la cámara al infante.

Poco despues retumbaban acá, allá, por todas partes, las trompas de guerra dentro de los muros de Jaen: los hombres de armas, los ciudadanos, acudian por todas partes á la plaza del alcázar; la córte entera estaba reunida en la cámara del Honenaje, cuyo gran mirador calado daba sobre la puerta.

Ilumináronse de improviso las grandes vidrieras de colores del mirador, se abrieron, y aparecieron pajes con hachas.

Luego asomó el estandarte real, é instantáneamente el in-

fante don Pedro que le llevaba; tras el infante se veia con el capuz calado, no dejando ver mas que su larga barba blanca, un monje benedictino.

En segundo término se veian cuantos podian verse de los altos funcionarios de la córte.

A la derecha del infante estaba el señor de Vizcaya don Diego Lopez de Haro.

El infante aparecia pálido como un cadáver.

En la plaza, henchida literalmente de una multitud silenciosa, aparecian por acá y por allá antorchas y candelas.

Aquello era de todo punto solemne.

En la puerta de la catedral frontera al alcázar, se veia al obispo, á quien se habia avisado, de pontifical, teniendo tras sí su guion alzado, y rodeado del cabildo, de los capellanes, de los racioneros.

Todos menos el obispo tenian en las manos hachas encendidas.

El infante avanzó el estandarte real sobre la plaza, le tembló por tres veces, y gritó en medio de aquel profundísimo silencio:

—¡Real! ¡real! ¡real! el señor rey de Castilla y de Leon don Fernando el IV ha muerto. ¡Castilla! ¡Castilla! ¡Castilla, por el señor rey don Alfonso el Onceno!

Se alzó una exclamacion informe, múltiple, potente, que se unió al clamor lúgubre de las campanas de la catedral, y el obispo, con su cabildo y sus clérigos y sus pajes alumbrado por hachas, y su guion alzado, rompió por entre la multitud, dirigiéndose al alcázar y entonando con la capilla el *De profundis clamavi*.

Cuando el infante don Pedro se volvió para dejar el mirador, no encontró junto á sí al conde don Lope.

Habia desaparecido.